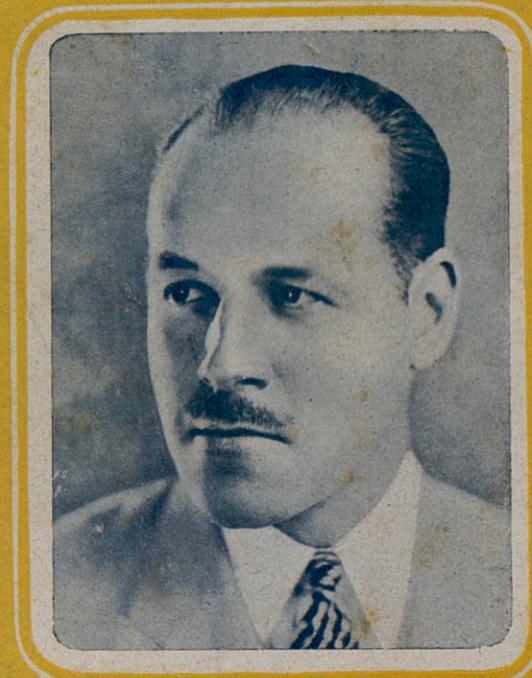


LA NOVELA FILM

N.º 173

30 cts.



UN LADRÓN IMPROVISADO

POR

JACK HOLT, SIGRID HOLMQUIST, ALEC B. FRANCIS, ETC.

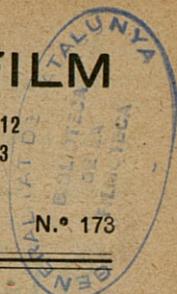
LA NOVELA FILM

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono A 4423

BARCELONA

Año IV

N.º 173



UN LADRON IMPROVISADO

Interesante producción americana interpretada por
los célebres artistas

JACK HOLT, SIGRID HOLMQUIST, ALEC B.
FRANCIS, Adele Farrington, Casson Ferguson
Alfred Allen, Frank Nelson, etc.

Es una película **PARAMOUNT**

Exclusiva de

Paramount Films, S. A.

(antes SELECCINE, S. A.)

Con esta novela se regala la postal de
EDWARD CONNELLY

Un ladrón improvisado

Argumento de la película

En el "Cedric" de Londres, un hotel tranquilo, elegante... con vistas al Támesis, se hospedaban Sir Tomás Dreever, un aristócrata arruinado, y Lady Julia, su esposa.

El administrador había presentado varias veces la cuenta sin que le fuera abonada. Comenzaba a ser inquietante aquella situación.

Una tarde se hallaba el matrimonio en sus habitaciones. Habiendo caído al suelo el collar de perlas que llevaba Lady Julia, ésta lo recogió y dijo:

—El broche ha vuelto a romperse. Por poco lo pierdo.

—Que lo arreglen en seguida... Este collar de perlas es la única cosa de valor que nos queda — añadió Sir Dreever.

—Pues si el bobalicón de mi sobrino Spencer no se casa con la millonaria americana, tendremos que malvenderlo.

3

—Spencer debía estar esperándola aquí desde las dos. ¿Dónde estará ese muchacho?

—Me lo figuro. Estará paseando por Londres con alguna corista vulgar...

Lady Julia tenía condiciones de adivinadora, pues en aquel momento, en la estación de Waterlóo, de donde salía el tren para Southampton, su sobrino Sir Spencer, rodeado de las coristas del "Follies" despedía a Roberto W. Pitt, un amigo americano que partía para su país.

A Spencer le gustaba divertirse y vivir bien. Cada vez que sus tíos le hablaban de la necesidad de casarse con una joven millonaria americana, protestaba desolado. ¡Perder la libertad, la simpática variación en amores!...

Roberto Pitt era un americano rico que se dedicaba al "dolce far niente".

—Spencerito — le dijo en la estación —, si algún día se te ocurre ir a Nueva York, avísame, que iré al muelle a recibírtelo con música...

—Me parece que voy a ir pronto a Nueva York. Mi tío Tomás se ha empeñado en que me case con una millonaria de tu país.

—No está mal la idea, chiquillo...

Spencer advirtió:

—Ya están cerrando las puertas del andén. Me parece que has perdido el tren.

—Te apuesto una caja de whisky a que no lo pierdo...

Y después de dar un último adiós a sus amigos, Roberto corrió hacia el andén que acababa de cerrarse.

—Caballero, no puede usted pasar... — le dijo un empleado.

—¿Que no? Pues he de partir...
Vió un carretón cargado de maletas y mordos

que pasaba al andén y de un salto felino subió sobre aquella montaña de equipajes, logrando pasar frente a la vía. El convoy comenzaba su marcha, pero el joven, con extraordinaria habilidad, logró alcanzar el último vagón.

Spencer y sus amigos comentaron la ligereza de Pitt. ¡Qué chiquillo aquél!

Después, Spencer se despidió gentilmente de una de sus amiguitas del "Follies".

—Me obligan a casarme con una millonaria yanqui, pero aunque me case, no te olvidaré nunca.

Entretanto llegaba al hotel de los Dreever la millonaria americana, llamada Mollie Creedor. Los aristócratas ingleses la recibieron con extraordinaria amabilidad. ¡Era su recurso, su última esperanza!

La joven preguntó por Sir Spencer. ¿Dónde estaba?

—Hace varias horas que está esperándola a usted. Salió a la calle hace un momento — respondió con tranquilidad Lady Julia.

—Lo siento, porque no podré despedirme de él. ¿Ya saben ustedes que mañana salgo para América en el "Maurantic"? Mi padre quiere que regrese.

El matrimonio quedó estupefacto. ¡Adiós, boda proyectada! ¿Por qué había perdido el tiempo su sobrino? Pero Lady Julia, que encontraba solución para cada cosa, dijo:

—¡Qué coincidencia! Sir Tomás estaba hablándome hace un momento de ir a pasar unos meses a su país.

El marido la contempló con asombro. ¡Mentirosa! Pero, ¡qué modo tan gentil de no separarse de la americana!

—Voy a ver si encuentro pasaje para el mismo vapor — dijo Julia.

Molly se alegró de ello. No aspiraba a casarse

con Spencer, pero estaba contenta de intimar con aquella noble familia británica.

Al día siguiente partieron todos para Nueva York. Y una semana más tarde se hallaban ante un panorama de rascacielos que emocionó a la joven heredera, porque la oficina de su padre estaba en uno de aquellos edificios.

Durante el viaje, Spencer no había querido declararse a Molly. ¡Odiaba tanto el matrimonio! A pesar de que la boda hubiera significado el arreglo de la situación económica de la casa, se resistía a hacerlo. ¡Esperaría tanto tiempo como pudiese!

El padre de Molly era Felipe Creedor, millonario y segundo jefe de la Comisaría General de Policía de Nueva York.

Aquel día, después de haber ido a recibir a Molly, Creedor se reintegró a su despacho oficial donde interrogó a Jim Mullen, alias el "Araña", un granuja de primera línea.

—Se equivoca usted esta vez, señor jefe — decía el "Araña". — Cuando cometieron el robo yo estaba en la barbería pelándome y arreglándome las uñas.

—Hoy no tengo pruebas y no puedo alcanzarle. Vaya usted con Dios, pero, si algún día le pesco, nadie le quitará de encima unos años de presidio.

El granuja salió tranquilamente. Se había librado por aquella vez ¡y hasta otra!

Ocho días después, en un restaurante de moda almorcaban Sir Tomás, su esposa y Molly Creedor. El matrimonio británico había perdido su habitual flemá ante la ausencia de Spencer. ¡Aquél chico siempre esquivando su presencia!

—¿No tenía que venir a almorzar con nosotros, Sir Spencer? — preguntó Molly.

—Sir Spencer llegará de un momento a otro —

dijo Lady Julia—. Ha estado esperándola en casa toda la mañana, impaciente por verla a usted.

En otra mesa, varios jóvenes comentaban una noticia de los periódicos. Estos decían en un suelto:

El famoso collar de perlas "Dreever" está en el país. Se asegura que es el collar de perlas más perfecto que existe en el mundo. Sir Tomás y Lady Dreever, que llegaron recientemente a Nueva York en el "Maurantic" trajeron consigo, según se dice, el famoso collar.

Los jóvenes, entre los que figuraba un joyero, Clark, reconocieron en una mesa cercana a los aristócratas ingleses. La dama lucía el soberbio hilo de perlas.

—Clark, tú que entiendes de joyas, ¿qué valor tendrá el collar de Dreever?

—Valdrá unos sesenta mil dólares...

Llegó a la mesa Roberto Pitt, el joven americano que ya conocemos de la estación de Londres.

—¿Qué sucede en Nueva York? — dijo, sentándose—. Hace una semana que llegué de Londres y no he visto todavía una cara bonita.

Dirigió la mirada a los concurrentes y la fijó en Molly Creedor.

—¡Retiro lo dicho! ¡Que preciosidad de mujer! ¿Quién es ella?

—No te preocupes de ella — le respondió Clark—. No le sonríe a nadie y es más fría que un refrigerador...

—No será tanto. Apuesto lo que queráis a que la hago sonreír en menos de dos minutos.

—A ver... que se pruebe...

Pero Molly, espíritu decidido, dió una soberbia patada a las manos del joven. El muchacho, amoscado,

se alejó rápidamente, volviendo al lado de sus amigos. ¡Qué golpecito aquél!

Molly comentaba con los Dreever el rápido incidente.

—Papá me ha enseñado a conocer las mañas de los carteristas...

Los compañeros de Pitt se divirtieron a costa de él.

—No reirse, amigos, que no tardaré en salirmé con la mía — dijo Roberto.

Fué a la cocina y rogó a un camarero que le puestase por cinco minutos el delantal y la chaqueta. Mediante diez dólares transigió el otro en el cambio, ordenándole fuera a cobrar la cuenta de los Dreever.

Vestido de camarero, se acercó a la mesa de los Dreever. La joven tenía sobre la mesa un pequeño retrato suyo con una dedicatoria que decía: "Con todo el cariño de tu Molly".

Mostraba la fotografía a los señores Dreever.

—Es para papá... Es lástima que tenga esa dedicatoria. Le daré otra a Sir Spencer. Me hice varias...

—No deje de darle un retrato a mi sobrino. Se pondrá contento como unas pascuas cuando se lo regale — respondió Lady Julia.

—Lo haré. Y este lo pondré sobre la chimenea del despacho de papá para darle una sorpresa.

Roberto había escuchado la conversación. Volvió a la mesa de sus amigos y dijo:

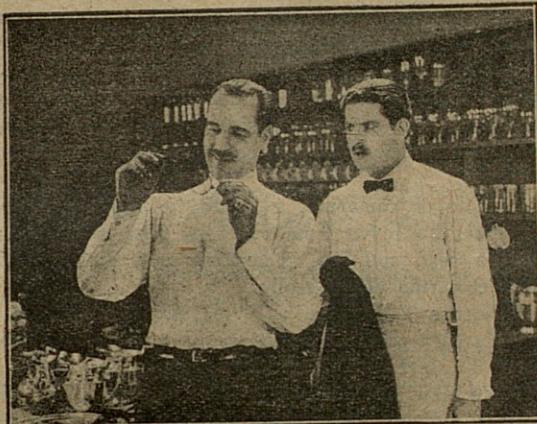
—Apuesto una comida para todos a que mañana tendrá su fotografía con su firma y una dedicatoria que diga: "Con todo el cariño de tu Molly".

Todos se mostraron incrédulos. Era listo Roberto, pero no tanto.

El joven presentó a Sir Tomás la cuenta en una bandeja de plata que colocó encima de un sobre donde había visto que la muchacha guardaba antes el

retrató. Le abonaron la minuta y se alejó llevándose el sobre. Pero, ¡qué mala suerte! El papel estaba vacío. Molly había colocado la fotografía en su propia falda.

Desgustado, Roberto devolvió las prendas de cama-



...rogó al camarero le prestase el delantal y la chaqueta.

rero y alejóse del restaurante con sus amigos. Pero prometió y sostuvo la apuesta. Triunfaría.

Aquella noche, en las habitaciones de Roberto, sus amigos no hablaban más que de la apuesta de la fotografía.

—Si pierdes, se lo haremos saber a todo el mundo — decía Clark.

—No perderé...

Estuvieron de tertulia hasta muy tarde. Cuando marcharon, Roberto se dispuso a descansar.

—Peters — le dijo a su criado —, ¿crees en el amor a primera vista?

—Ni en el amor a segunda vista tampoco, señor...

Entretanto, Spencer, en el hotel, era amonestado por sus tíos. ¿Por qué no iba con Molly? ¿Cómo no se declaraba?

—Ten presente que estamos agotando nuestros recursos pecuniarios — dijo Lady Julia —. Mañana vamos con Molly a Bay Shore. A ver si te aprovechas de la ocasión y te declaras a la millonaria.

—Sí, sí, procuraré hacerlo. ¡Pero si vieraís con qué poca ilusión hago este paso! ¡Adoro la libertad!...



En su casa, Roberto Pitt se había encerrado en la biblioteca. Llevaba ya largo rato sentado en un sillón leyendo un libro y pensando en Molly, cuando sintió que se abría cautelosamente la ventana y un hombre se deslizaba a gatas por la habitación.

Roberto no era cobarde; cogió un revólver, encendió la luz y dió el alto a un sujeto de mala cadadura.

—¿Qué busca usted en mi casa? — le gritó.

Tenía el desconocido todo el aspecto de un ladrón. Era Jim Mullen, el "Araña" que apenas puesto en libertad volvía a hacer otra de las suyas.

—Bueno, he metido la pata. Ya puede usted llamar a la policía — dijo.

Roberto sonrió. La presencia de aquél hombre le hizo pensar en un proyecto. ¡Quién sabe!

—Lamar a la policía es lo que debería hacer — respondió—. Los chapuceros como usted, son una vergüenza para nuestra profesión.

“Araña” le miró sorprendido.

—¿Por ventura es usted uno de esos ladrones elegantes?

—En Europa tengo un nombre famoso — replicó tranquilamente el joven—. Allí en Europa no serviría usted ni para hurtar un palillo de dientes. ¡Vaya una técnica!

—Es que usted no sabe lo difícil que es robar a uno del oficio — dijo, compungido el “Araña”—. Si yo hubiese tenido un maestro como usted, hubiera eclipsado a Rafles...

Roberto meditó. Recordó la apuesta lanzada. Era necesario apoderarse del retrato que Molly iba a dejar en la chimenea del despacho, según su propia declaración. Para ello era preciso entrar en la casa furtivamente. Y ¿quién mejor que un ladrón?

—Hombre, me ha resultado usted simpático... y voy a ayudarle — dijo al “Araña”.

—Estoy a sus órdenes, señor...

—Esta noche vendrá usted conmigo... Nos llevaremos cualquier cosa... Una fotografía, por ejemplo, para que vea cómo trabajo. Y ahora venga; se quedará usted a cenar en mi casa.

Llamó al ayuda de cámara, y “Araña” se fué a la cocina a cenar. Y poco antes de media noche salieron los dos a la calle, subiendo en el *auto* de Roberto.

El joven conocía por sus amigos la dirección de Molly y llevó el automóvil hasta cerca de la casa de ella. Viendo a un policía que estaba de vigilancia, le dijo:

—¿Quiere usted hacerme el favor de echar un vistazo a mi *auto* de vez en cuando? Yo tengo que subir a una casa.

El guardia accedió y Roberto y “Araña”, descendiendo del coche, prosiguieron su camino. El verdadero ladrón no salía de su asombro. ¡Qué hombre tan audaz!

—¡Jefecito, es usted un hacha! — le dijo.

Ante la casa de Molly, “Araña”, con fácil habilidad abrió una ventana y acompañado de Roberto, que por sí solo no hubiera realizado aquello, se introdujo en el interior.

—Ande con cuidado — dijo Roberto—, para no molestar a los que duermen.

Pisando quedamente avanzaron por las habitaciones en sombra, provistos de una linterna eléctrica. Llegaron al despacho. El joven buscó el retrato de Molly sobre la chimenea.

“Araña”, al ver un pequeño reloj de mesa, se lo guardó en el bolsillo, volviendo a dejarlo al ser reprimido por Roberto.

—No toque usted nada. Yo cogeré lo que más nos convenga.

El ladrón depositó en su sitio el reloj, pero se le cayó al suelo produciendo un seco golpe.

—¿Qué ha hecho usted? ¡Silencio!

Roberto vió el retrato de la joven y ya iba a guardarlo cuando el despacho súbitamente se iluminó y apareció una mujer que, revólver en mano, les gritaba:

—¡Manos arriba!

La sorpresa de los dos hombres fué tan enorme, que Roberto no tuvo ánimo de apoderarse del retrato. Molly había despertado al percibir ruido, y, muchacha valerosa, quiso investigar la causa.

El "Araña" maldecía su mala suerte. ¡Ahora que iban a ganar dinero!

Roberto, desagradablemente sorprendido, dijo a Molly:

—Me permitirá usted, señorita, que me quite el sombrero...



—No toque usted nada. Yo cogeré lo que más nos convenga.

No olvidaba nunca las reglas de la cortesía.

—¿Qué han venido ustedes a hacer aquí? — gritó Molly, contemplando a los dos individuos. El uno tenía el verdadero aspecto del ladrón, mas el otro parecía un elegante aristócrata.

—Tal vez usted recuerde mi nombre — dijo Roberto.

Y entregó una tarjeta a Molly, quien leyó "Roberto Pitt".

—Pasaba por esta calle y vi una ventana abierta — dijo él, con toda tranquilidad—. Sospeché que había ladrones y entré a comprobarlo. La habrá abierto el viento.

La muchacha se dejó convencer. Había leído va-



—¡Manos arriba!

rias veces en los periódicos el nombre de Roberto Pitt. Y "Araña" miraba con admiración a su jefecillo. ¡Qué hombre tan listo! ¡Qué bien sabía mentir!

—Es muy probable que muchos de mis amigos lo sean también de usted — añadió Roberto—. ¿Me permite que le haga una visita mañana para ser presentado a usted formalmente?

—Mañana? — dijo ella —. Estoy invitada a pasar el fin de semana en la casa de verano de Sir Spencer, en Bay Shore. De todos modos, expreso a usted, desde ahora, mi agradecimiento por su interés.

—Ha dicho usted Sir Spencer? — dijo alegremente el joven —. Soy su abogado y precisamente tengo que tratar con él de un asunto importante.



—Tal vez usted recuerde mi nombre...

Tendré el gusto de verla a usted mañana en Bay Shore...

No se atrevió Roberto a pedirla la fotografía. ¡Bah! Aplazaría por unas horas su posesión. Lo interesante era simpatizar con la joven.

Iban ya a marchar cuando apareció la figura del jefe de policía Felipe Creedor, padre de Molly, que acababa de llegar a la casa.

Se adelantó contemplando con extrañeza a los desconocidos.

—Papá, dale las gracias al señor Pitt. Pasaba casualmente por aquí, vió la ventana abierta y entró en casa temiendo que hubiera algún malhechor.

“Araña” tembló. ¡Buena la habían hecho! ¡Conocía demasiado a Creedor! ¡Estaban perdidos!

El padre, reconociendo al granuja, dijo con altivez:

—Bueno, Molly, vé a acostarte, que yo me encargaré de darles las gracias a estos... *caballeros*.

Cuando Molly hubo desaparecido, el “Araña” suplicó:

—No se moleste usted en atendernos... Es tarde y tenemos prisa.

El policía contempló a los dos hombres con aire desafiador. Al más joven no lo conocía, pero no sucedía lo mismo con “Araña”.

—“Araña”, ¿qué te has propuesto? — le dijo.

Roberto, viendo la actitud del señor Creedor, disculpóse.

—Se equivoca usted por completo... Pueden darle a usted informes míos más de una docena de personas a quienes usted conocerá seguramente. Puede llamar a Pablo Clark, a Daniel Willitts, a Clarencio Macklin. Todos me conocen...

En efecto, aquellos nombres eran auténticos. El rostro de Creedor se aclaró. Pues entonces, ¿qué hacía allí?

El “Araña” habló, admirando las cualidades de su jefe.

—Es inútil, compañero — le dijo —. No hay duda de que eres listo, pero ahora estás hablando con el papá de todos los policías de Nueva York.

Creedor hizo un gesto de asombro. ¿Quién era, pues, aquel hombre?

—Es el tío más listo de Inglaterra — agregó “Araña” —. Está de temporada en Nueva York.

—Yo le aseguro a usted... — dijo Roberto, disgustado por el giro de la aventura.

—¡Silencio! ¡No voy a tardar mucho en saber quién es usted! Y a ti, “Araña”, ya te dije que si algún día te pescaba, te mandaría a presidio...

“Araña” casi lloró. ¡Aquel escalo le costaría la cárcel!

Pitt le miró con pena. Se preocupaba más por el “Araña” que por sí mismo, pues de una manera inocente le había metido en la propia boca del lobo. No podía consentir que el ladrón fuera a presidio por su causa.

Hizo una seña a “Araña” y acercándose a la llave eléctrica apagó la luz; y los dos hombres saltaron rápidamente por la ventana. En vano el comisario quiso ir en su persecución.

Corrieron hacia el automóvil de Roberto, vigilado por el paciente guardia, y desaparecieron prestamente de aquellos parajes. Se habían salvado ¡por fin!

El “Araña” admiraba los grandes recursos de su amigo.

Roberto dejó al ladrón ante una taberna, después de entregarle un buen fajo de billetes.

—“Araña”, tenemos que disolver nuestra sociedad — le dijo —. Vete a California o a Ilo-Ilo, pero vete lejos.

—¿Por qué hemos de separarnos, jefecito, ahora que comenzábamos a entendernos? — dijo, desolado.

—El “negocio” de mañana en Bay Shore es asunto para un hombre solo.

—Jefecito, supongo que no se atreverá usted a ir allá tan pronto — repuso, asombrado, el “Araña”.

—¿Por qué no? ¿No comprendes que el amor propio de Creedor no le permitirá contarle a su hija

lo que sucedió después de que ella se marchó a su habitación? Y... adiós, “Araña”, que te vaya bien.

Despidióse de aquel auxiliar de una noche y se alejó en su auto, pensando en que la aventura seguiría al día siguiente.

El “Araña” quedó lleno de melancolía. ¡Separarse de aquel hombre tan inteligente! Era una verdadera desgracia para el “negocio”.

En Bay Shore, los Dreever se disponían a hacer un supremo esfuerzo para conquistar los millones de Molly. Spencer tenía que declarar su amor aquel mismo día a la rica heredera.

Lo mejorcito de Nueva York estaba en los salones. Se bebía abundantemente.

—Con lo que piden ahora por los licores, puede decirse que bebemos oro líquido... — dijo Lady Julia.

En el jardín estaba Sir Spencer con Molly. ¿Cuándo llegaría el momento de la declaración?

Un hombre calvo se acercó a Lady Julia. Al ver que no llevaba puesto el collar de perlas, le dijo:

—Estando yo aquí, no tiene que preocuparse de su collar. Soy el detective más listo que hay en Nueva York. Por eso me envió Creedor aquí...

Lady Julia agradeció la presencia de ese enviado y prometió ponerse la joya.

Spencer y Molly, que se habían sentado en un banco del jardín, vieron llegar a Roberto Pitt que se dirigía hacia ellos.

Molly corrió a su encuentro:

—No le esperaba a usted, francamente. Papá no quiso hablarme de usted esta mañana cuando yo le pregunte. Lo único que me dijo fué que apostaba mil dólares a que no venía hoy usted por aquí.

—Ya ve como se ha equivocado. Cuando yo doy una palabra, la cumplo...

Spencer llegóse a ellos.

—¡Hola, Spencerito! —dijo, riendo—. He venido para recordarte la apuesta que hicimos en Londres. Ya puedes comenzar a preparar la caja de whisky...

El inglés saludó a su amigo.

—Spencerito, tienes que presentarme a ella de una manera formal.

Spencer presentó a los dos jóvenes. ¡Qué fastidio! En el momento en que pensaba hacer la declaración amorosa, surgió aquel nuevo invitado.

Roberto y Molly parecieron simpatizar en el acto.

Llegaron los Dreever, quienes acogieron con frialdad a Roberto. ¡Parecía enamorado de Molly!

—¿Quiere usted que paseemos por el jardín, señor Pitt? —dijo Molly.

—De mil amores...

Se perdieron los dos en las avenidas umbrosas. Los Dreever no ocultaron su disgusto.

—¿Quién es ese hombre? ¿Cómo permities que vaya con Molly? Por supuesto, tú le invitaste a venir aquí...

—Es un muchacho riquísimo. En Londres nos dimos la gran vida... No he tenido más remedio que invitarle a quedarse... Le debo un buen pico...

—Pues... procura que deje a Molly... Estamos todos pendientes de lo que hagas...

Roberto y Molly se sentaron en un banco. El muchacho preguntó:

—¿Tiene usted relaciones formales con Spencer, Molly?

—Yo? De ninguna manera. Somos buenos amigos, nada más.

—Es que no conviene precipitarse sin enterarse antes de si la vía está libre. No he de ocultarle que usted me interesa mucho... Creo que me voy enamorando de usted.

—Pero si apenas me conoce!

—Basta un momento para enamorarse.

Allí estuvieron conversando agradablemente. Roberto iba notando que se sentía atraído hacia Molly. No era una apuesta lo que a ella le llevaba, sino el amor.

Mientras tanto, en una de las guaridas donde anidan las aves de mal agüero de la ciudad, en cierto tugurio, hablaban el "Araña" y otro compinche.

—Ayer tropecé con un caballero que me sacudió un rollo de billetes — explicaba el "Araña".

—Unos nacen con estrella y otros estrellados — respondió el otro socio—. Alicia y Jim me dieron el esquinazo.

—¿Es posible?

—¡Lo que oyes. "Araña"! Se fueron a Bay Shore a birlarle el collar de perlas a una dama de la aristocracia, y me dejaron plantado.

—Has dicho Bay Shore? ¡Precisamente allí ha ido mi caballero protector y supongo que en busca de las mismas perlas! ¡Demonio! Voy a echarle una mano a mi socio. En algo se ha de ver mi agradecimiento.

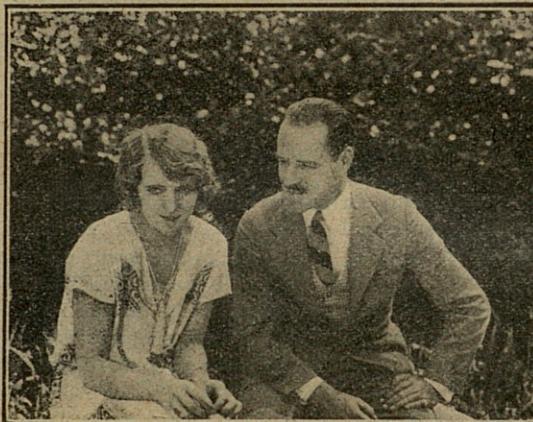
Y el "Araña" emprendió el camino hacia Bay Shore.

Alicia y Jim, dos ladrones de marca, habían logrado entrar a formar parte de la servidumbre de Sir Dreever con el propósito de apoderarse de aquel

collar que tanto elogiaban los periódicos. Pasaban por los salones sirviendo el té, esperando el momento propicio.

Los Dreever y Spencer comentaban la larga entrevista de Molly con Roberto.

—Hace ya una hora que ese joven está hablando



—¿Tiene usted relaciones formales con Spencer?

con la señorita Molly. Tenemos que inventar una excusa para separarlos — dijo Sir Tomás.

—Ya sé cómo separarlos! ¡La llamaré para enseñarle las perlas! — dijo Lady Julia.

Los criados Alicia y Jim, hicieron un signo de inteligencia. ¡Cuidado!

—Tu tío se encargará de entretenerte al señor Pitt en el jardín, y tú, Spencer, espera en la biblioteca — siguió diciendo Lady Julia.

Alicia, que era la doncella de la señora, desapareció.

Todavía estaban en el mismo banco del jardín Molly y Roberto. Las horas volaban como minutos para ellos.

—Y después, cuando hayamos regresado de nuestro viaje de bodas alrededor del mundo... — decía él.

—Me parece que anda usted demasiado de prisa, señor Pitt. No creo que yo fuese capaz de seguirle.

—No se trata de ninguna carrera. Estaremos juntos todo el tiempo...

Llegó el matrimonio Dreever.

—Supongo que el señor Pitt nos dejará que la llevemos a usted un momento — dijo Lady Julia. — Venga, Molly, quiero enseñarle las perlas.

La muchacha marchó con Lady Julia. Roberto quiso seguirla, pero Sir Tomás le rogó que se quedase allí con él. El joven tuvo que resignarse a la compañía del flemático inglés.

Lady Julia y Molly llegaron a la biblioteca. Al ver allí a Spencer, la tía dijo:

—A propósito, ahí está mi sobrino. Espéreme usted aquí unos minutos...

Y desapareció haciendo un gesto a Spencer. ¡Había llegado la ocasión!

Los dos jóvenes quedaron solos. Spencer que, sólo obligado por la necesidad, transigía con la idea de aquel casamiento, se dispuso a efectuar la declaración amorosa. Y sentándose junto a Molly le dijo, de pronto, como si deseara quitarse un peso de encima:

—¿Quiere usted casarse conmigo, Molly?

La muchacha le miró con aire de sorpresa, y luego, pensando en Roberto, le respondió:

—No, Spencer; no me decido a ello... Lo siento, pero...

Una luz de alegría iluminó los ojos de Spencer.
—¿De veras? ¡Diós se lo pague! ¡Qué felicidad!
Molly se sintió ofendida. ¿Qué desprecio era aquél?
Las mujeres gustan siempre de ser adoradas, aun por aquellos a quienes desprecian.

—Mi tía Julia se empeñaba en que me declarase — explicó él —, pero yo tenía la seguridad de que usted me rechazaría... Lo único que le suplico es que no le diga una palabra de ello a Lady Julia...

—No, no... y de todos modos, nuestra amistad continuará tan cordial...

Molly escuchó gritos en el exterior y salió a enterarse de lo que ocurría. Un hombre, el detective enviado por Creedor, había sorprendido a Pitt asomado a aquella ventana.

Pitt había logrado librarse de la conversación empalagosa de Sir Tomás y escuchaba junto a la ventana la entrevista que habían tenido Molly y Spencer. En esta situación fué detenido por el inspector.

—Le he estado vigilando a usted hace un rato — dijo el detective —. ¡Me parece que sé lo que busca!

Molly corrió a interceder por él.

—El señor Pitt es persona de confianza. Papá le dará informes acerca de él.

—Sí, él le dirá a usted lo que piensa de mí — advirtió tranquilamente Roberto.

El policía puso en libertad a Roberto. Pero, fuerte en sus sospechas, se dispuso a telefonar a su jefe.

Entretanto, Lady Julia había vuelto para enterarse del resultado de la entrevista. Luego iría a buscar el collar. Vió en la biblioteca únicamente a Spencer.

—Pero, ¿dónde está la señorita Creedor?

—Vete a buscarla, háblale de casamiento y verás lo que te contesta — dijo alegremente su sobrino, pensando en que había obtenido para siempre su libertad y deseando volver a Europa a hablar con su amiga del "Follies".

Disgustada Lady Julia y después de buscar inútilmente a la joven, volvió a su habitación. Se sentía fatigada, quería arreglarse un poco...

El detective telefoneaba a Felipe Creedor.

—Jefe, por aquí anda un tipo sospechoso que no deja en paz a su hija un momento... Me han dicho que se llama Pitt.

—Bien, ya me informaré de él — dijo la voz.

Intrigado Creedor por la audacia de aquel ser misterioso, llamó al señor Clark, una de las personas que había citado Roberto para informes.

Clark se encontraba en su casa con un amigo.

—Señor Clark, le está hablando Creedor, el comisario. Hay un fulano que dice llamarse Roberto Pitt en casa de los Dreever, en Bay Shore. Y me ha asegurado que usted le conoce. ¡Es verdad eso? ¡Qué clase de persona es?

El amigo de Clark, enterado de lo que se trataba, propuso:

—Dile que no le conoces... Vamos a darle una broma.

—Será una broma pesada, pero, ¡en fin! Oiga, señor Creedor — dijo, poniéndose de nuevo ante el aparato —. Debe tratarse de una equivocación. El señor Pitt hace unos meses que está en Europa.

Creedor rugió de indignación. ¡Lo que él temía! Y deseoso de terminar aquella farsa, marchó velocemente a detener al que creía hábil ladrón.

Clark dijo a su compañero:

—¡Ahora vamos a Bay Shore! ¡Será gracioso ver

lo que pasa entre Pitt y Creedor cuando se encuentren!

En Bay Shore, Molly y Roberto Pitt seguían su idilio. La joven había mostrado ahora a su amigo un retrato que tenía destinado para entregar a los Dreever como recuerdo.

—Y ¿por qué no me lo da usted a mí? Yo lo guardaré como el más preciado tesoro. Molly bonita, démelo...

Ella accedió. Bueno, daría al siguiente día otro a la familia de Spencer. ¡Se portaban tan correctamente con ella aquellos ingleses!

Pitt, saboreando ya las mieles de la victoria, dijo:

—Y... ¿quiere usted dedicármelo?

—Pero si papá se enterara...

—No se haga usted rogar. ¡No se lo dejaré ver nunca a su papá!

—Pues allá va... mas, ¿qué voy a poner? — dijo, maliciosa.

—Es muy sencillo. Escriba usted: "Con todo el cariño de su Molly."

La muchacha escribió, y una sonrisa de triunfo iluminó el rostro de Roberto. Había vencido. Había ganado la apuesta. Precipitadamente guardóse el retrato y con el ansia de comunicar a sus amigos la victoria, dijo:

—Tengo que regresar a la ciudad en seguida... Una cita con unos amigos... No tardaré en volver.

Sorprendida, Molly le dijo:

—Yo creí que se quedaría usted aquí con nosotros... Lady Dreever le ha reservado una habitación.

—Luego volveré...

Se despidió de Molly y ya en el recibidor topóse con el "Araña". ¿Qué hacía allí aquel hombre?

¿Cómo era posible que hubiese desobedecido su mandato?

El "Araña" se acercó y le dijo:

—Escuche usted, jefecito... He averiguado que hay aquí unos sinvergüenzas que quieren jugarle a usted una trastada.



—¿Quiere usted dedicármelo?

Le puso al corriente del robo que proyectaban Jim y Alicia.

Molly pasó por la estancia y al ver aún a Roberto, exclamó:

—No dijo usted que se iba a la ciudad?

—Sí... es decir, no... Lo he pensado mejor. No pienso marcharme — contestó él, con el ánimo de impedir aquel proyectado robo.

Molly miró al "Araña" y dijo:

—No es este el caballero que estaba con usted anoche?

El "Araña" hizo una reverencia graciosa.

—Es mi criado... — balbució Roberto—. Muy leal, no se encontraría otro tan leal...

Roberto estaba realmente desconcertado. ¡La presencia del ladrón allí!

—¿En qué piso están las habitaciones que me han reservado? — preguntó.

—En el primero. Allí encontrará a la doncella que le indicará a su criado cuales son.

—Worthington, sube a mi habitación y espérame en ella — advirtió Roberto con el ánimo de esconder al "Araña".

Este subió tranquilamente la escalera. Deseaba poder ayudar en lo que fuese a su "amo".

**

Lady Julia, en su habitación, cansada por el ajetreo de la fiesta, habíase empolvado y acicalado nuevamente el rostro. Abrió una cajita y fué a ponerse el collar. Así le podrían ver Molly y los demás invitados.

Alicia, su doncella, la ladrona que estaba en la casa con el propósito de robar el collar, se acercó a la dama.

Le ordenó Lady Julia que le ajustase el broche de aquel magnífico hilo de perlas, y la doncella, con un hábil y rapidísimo escamoteo, cambió el collar que tenía la dama por otro falso que ella había llevado a prevención.

Sonriendo, colocó en el cuello desnudo de la inglesa las falsas perlas y, abriendo poco menos de un

palmo la puerta de la habitación, sin que la señora se diese cuenta de la maniobra, extendió el brazo hacia fuera. Una mano recogió prestamente la preciada joya.

Alicia había combinado aquel plan con Jim. Pero Jim, llamado por Sir Tomás, se había retrasado unos momentos y en el corredor quien cogió la joya fué "Araña", que iba hacia la habitación de su jefe.

Como en el tomar no hay engaño, al ver "Araña" que una mano le brindaba el collar, se lo embolsó tranquilamente.

Descendió hacia el salón donde Roberto estaba hablando con Molly. Le llamó y fueron los dos a una salita cercana. Con profunda alegría, creyendo que aquel robo era una combinación preparada, le dijo el despreocupado ladrón:

—Jefecito, es usted un prodigo. ¡Todo ha salido a pedir de boca!

—¿El qué? — respondió, extrañado, Roberto.

"Araña" le entregó el collar.

—Pero si este es el famoso collar Dreever! — exclamó Roberto, estupefacto—. ¿Qué ha hecho usted, hombre de Dios?

Estaba desesperado. ¡Ser cómplice de un ladrón! ¡El, un hombre honrado que pretendía a Molly!

Lanzó una mirada furibunda a su criado y dijo:

—Es usted un miserable. Voy a buscar un medio de devolver el collar a Lady Dreever.

Desapareció con la joya en el bolsillo. Nunca su situación había sido tan comprometida. ¡Y todo por aquel maldito ladrón!

"Araña" no entendía la actitud del jefecito. ¡Dejarse escapar aquel valioso tesoro!

Entretanto había bajado de sus habitaciones Lady Julia luciendo el collar falso.

Cuando Alicia, la criada, pidió a Jim el collar, éste confesó que no había podido ir al corredor.

—¡Nos hemos lucido! —dijo él—. ¡Alguien se ha apoderado del collar!

Salieron al jardín. ¿Es que iban a perder todos los trabajos?...

El "Araña" había salido también al parque. De pronto vió a Lady Julia luciendo, naturalmente, el collar falso. Y creyendo que Pitt se lo había devuelto, le entraron deseos de robarlo. ¡Desperdiciar una joya así!

Acercóse cautelosamente, y con aquella habilidad que le caracterizaba desabrochó el collar y se apoderó de él, sin que la dama se diese cuenta.

Jim y Alicia, habían visto la maniobra. Siguieron los pasos del "Araña" el miserable, y cayeron sobre él en un rincón del jardín, dispuestos a arrebatarle la joya. Los tres lucharon ferozmente...

Mientras, acababa de llegar a la casa Felipe Creedor, quien decía a su hija:

—Molly, siento mucho tener que desengañarte, pero no hay otro remedio. Ese individuo que se hace llamar Pitt es un granuja.

Apareció Lady Julia y dió un grito de terror.

—¡Mis perlas! —dijo, poniéndose las manos al cuello—. ¿Dónde están? ¡Me han robado!

Atraídos por los gritos llegaron muchos invitados. Entre ellos se encontraba Roberto Pitt, quien llevaba el collar de perlas en el bolsillo.

Jim había logrado apoderarse del collar, y seguido de Alicia entró precipitadamente en el salón. El "Araña" iba tras ellos. Y cuando vieron que se había descubierto el robo, pretendieron salir, pero fué inútil su intento. Felipe Creedor impidió que nadie marchase.

—Calma, señores —dijo el comisario—. El collar está en esta habitación.

Y señaló a Pitt.

—¡Supongo que no sospechará usted de mí! —dijo éste, volviéndose pálido.

—Señor Pitt o como se llame usted... Le veo acompañado del "Araña". Estoy seguro de que es usted el ladrón. Devuelva el collar de perlas si no quiere que le registren.

—El collar está en poder de uno de esos pájaros! —gritó el "Araña".

Jim, viéndose perdido, disimuladamente entregó el collar a Alicia, y ésta lo lanzó sobre una maceta de flores.

—El collar está en mi bolsillo —gritó Roberto—. Mi criado lo encontró y yo se lo quité para devolvérselo a Lady Dreever.

Mostró el collar y lo entregó al comisario.

Molly intentó disculpar a su amigo:

—Pitt no es responsable. El collar se habrá perdido. Recuerdo que Lady Dreever en Londres estuvo a punto de perderlo por haberse roto el broche.

Alicia y Jim, extrañados de que hubiera otro collar, quisieron apoderarse del que antes habían lanzado sobre unas flores, pero "Araña", que vigilaba, detuvo su intento y cogió la joya.

—Estos pájaros iban a apoderarse de otro collar! ¡Deténganlos!

El policía que había enviado Creedor para la vigilancia del jardín, esposó a los dos criados.

Lady Julia y su marido parecían anonadados. ¡Qué impresiones tan grandes!

El extraño misterio de hallarse dos collares absolutamente idénticos, maravilló a todos... Lady Julia temblaba.

Llegaron Clark y su amigo, dispuestos a ver los resultados de su bromita.

Pitt dijo al recién llegado:

—A propósito, Clark, llegas en momento oportuno. Tú que entiendes de estas cosas, ¿cuál de ellos es el legítimo?

Clark cogió el collar que Alicia y Jim habían traído para hacer el cambio, y después de examinarlo brevemente, dijo:

—Estas no son las perlas Dreever... Son imitaciones.

Creedor le entregó el otro collar, el que había devuelto Pitt.

—Y estas también son imitaciones. ¡Los dos collares son falsos!

La mayor sorpresa se pintó en todos los rostros. El matrimonio Dreever bajó la cabeza, desolado. Acababa de descubrirse que no tenían el verdadero collar, pues debido a su grave situación financiera, antes de salir de Londres lo habían vendido; y para disimular su pérdida, la dama lucía un idéntico collar de perlas imitación.

Su sobrino Spencer lo comprendió todo. Y con el ánimo de salvarles del ridículo, dijo tranquilamente:

—No hay duda de que fué usted lista, tía Julia. Dejó las perlas legítimas en Londres por miedo de perderlas, ¿eh?

—Sí, les tengo miedo a los ladrones — contestó Lady Julia, ya más tranquila por aquel cable de salvación—. Pero como aquí nadie ha perdido nada, olvidemos este incidente.

Alicia y Jim fueron llevados a la cárcel. ¡Y todo por robar un collar falso! ¡Qué mala pata!

Creedor quiso detener a "Araña", pero éste protestó:

—¡Súlteme! ¡No sabe usted distinguir a los gra-

nujas de las personas honradas? Yo he contribuído a la detención de los verdaderos ladrones.

Y aquella vez el "Araña" no fué molestado. Nadie podía probarle la culpa.

Clark decía a su amigo Roberto:

—Nos alegramos de que todo te haya salido bien, Pitt... Si te descuidas tenemos que ir a sacarte de la cárcel.

—Pero ¿de veras es el señor Pitt? — preguntó, extrañado, el comisario.

—Claro que sí, señor Creedor — respondió Roberto—. Y me alegro de que su hija no haya dudado de mí ni un solo instante.

El policía tuvo que rendirse a la evidencia. Tendió la mano a Pitt, y luego todos marcharon, dejando a Roberto con Molly, Clark y el amigo de éste.

—Clark, he ganado la apuesta — le dijo en voz baja, Roberto—, ...y algo más también.

Y sonreía a Molly.

—Bueno, nos vamos — añadió Clark, dirigiéndose a su amigo—, y que Cupido te acompañe y te sea propicio...

Y Molly y Roberto, después de aquella accidentada tarde de aventuras, lograron vivir unos instantes de paz.

Se perdieron en el jardín...

—Pues como iba diciendo... Cuando regresemos de nuestro viaje de bodas... — explicaba él.

Molly sonrió. Esta vez aceptaba. Pero el viaje tenía que ser pronto, muy pronto. ¡Quería casarse cuanto antes!

FIN

Próximo número:

AL MARGEN DE LA LEY

por Viola Dana, Robert Agnew, etc.

Postal regalo: CARMEL MYERS

La Novela Film

sale todos los martes.

Precio: 30 cts.

COMPRE USTED EL PRÓXIMO JUEVES
el libro 96 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films de

La Novela Semanal Cinematográfica

LA MONA DE MI NOVIA

por el gran cómico SIDNEY CHAPLIN

¡ÉXITO ENORME DE RISA!

MUY EN BREVE

EL JUDIO ERRANTE

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le faltén para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

II NO LO OLVIDE NI LO DEMORE II

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A BARCELONA